

CINE

"Ese oscuro objeto del deseo"

Si hay películas a las que los comentarios críticos no hacen más que cerrar puertas, es evidente que las de Buñuel estarían en primer lugar. Su capacidad de sugerencias, su humor, sus divertidos y ambiguos simbolismos son aspectos de una riqueza de expresión tal que no pueden condensarse en comentarios "objetivos". La única forma de escribir seriamente sobre las películas de Buñuel es dejarse llevar por lo irracional, en proponerse ejercicios literarios que liberen los esquemas del entendimiento del cine que cada cual tenga, para suplirlos con los de la fantasía o con los de los monstruos privados.

"Ese oscuro objeto del deseo" tiene ya un título que provoca esa identificación. ¿Quién no tiene como Mathieu, el personaje interpretado por Fernando Rey, un deseo irrefrenable de posesión hacia otro ser que se quiere supla a todos los demás seres del mundo? ¿Quién no odia o ama apasionadamente a un monstruo que te destruye implacablemente? ¿Qué hombre con tal obsesión no es realmente misógino? ¿Qué historia de amor no es, en el fondo, una tentación continua de asesinato? Buñuel ha contado en un buen número de sus películas obsesiones parecidas: podría decirse realmente que desde "Un perro andaluz", el afán de posesión por el amor es casi una constante en su filmografía: "Susana", "El", "La vida criminal de Archibaldo de la Cruz", "Tristana", "Viridiana", "Abismos de pasión"... Como el único motor que realmente mueve a los hombres, como la única fuerza irrefrenable que nos hace conducirnos con la imbecilidad y la grandeza con que Buñuel nos contempla. Lo curioso, sin embargo, es que, a pesar de esa constancia, cada película de Buñuel es un paso nuevo en su descripción, que cada película es radicalmente distinta a las anteriores.

En esta que nos ocupa —última de las que ha realizado—, el juego dramático llega a unos extremos de perfección narrativa que no pueden dejar de asombrar. Por un lado, el plan-



teamiento subjetivo de la narración (la misma mujer será interpretada por dos actrices distintas, sin explicación aparente, como una prolongación de la visión que Mathieu tiene de ellas) permite la mayor libertad inventiva que se haya visto últimamente: todo puede dejar de explicarse y, sin embargo, todo tiene una lógica implacable. Por otro lado, la sencillez de la llamada "puesta en escena" no es posible sin una seguridad admirable sobre la materia tratada y sobre el medio expresivo de la imagen. ¡Cuánta risa dan ahora aquellos comentarios de críticos españoles que hacían referencia a la torpeza "técnica" de Buñuel! Sin pedantería, sin pretensiones culturalistas, sin afanes trascendentes, "Ese oscuro objeto del deseo" no sólo hace un retrato psicológico de personajes vivos y actuales —insisto en que cualquiera de nosotros puede tener que ver con ese siniestro y divertido Mathieu—, sino que su visión se amplía a una consideración ácrata del momento político presente. De qué forma articula Buñuel esos ingredientes, cómo va dando paso a las distin-

tas posibilidades de su película es algo que sólo puede describirse en la contemplación de este hermosísimo film, que ya el escritor Carlos Fuentes comentaba en un número anterior de TRIUNFO.

Pero, por otra parte, la grandeza de esta película se haría aún más evidente si pudiéramos compararla, a la par, con las versiones anteriores de "La femme et le pantin" (novela en la que se inspira), incluso con la que dirigió Joseph von Sternberg e interpretó Marlene Dietrich. Los mil caminos sugeridos por Buñuel, con la seguridad de quien conoce el mundo que retrata y para hacerlo es capaz de desnudar parte de sus propias obsesiones, forman un hito en la historia del cine, una carrera cinematográfica sin parangón. Capaz de producir obras de la importancia y la belleza de ésta, que supera cualquier comentario "especializado" para adentrarse en los entresijos íntimos de quien escribe y, por supuesto, de quien se acerque a ver su película sin prejuicios, sin culturalismos, sin represiones... ■ DIEGO GALAN.

"Salón Kitty"

Al no poder atender todas las películas que en estos tiempos se estrenan en los cines españoles, uno había decidido prescindir de los títulos calificados "S", dado que generalmente encierran películas semipornos sobre las que el lector tiene ya suficiente información o intuición. Sin embargo, "Salón Kitty", de Tinto Brass, película que tiene pretensiones de denuncia política y que, sospecho, no se proyecta en los locales españoles en su integridad total, adquiere un carácter distinto. Sobre todo porque, contra cualquier previsión, es uno de los títulos más lamentables, torpes y ridículos de los que pueden verse en nuestros días.

Tinto Brass cree emular a Visconti refiriéndose a la corrupción moral de los nazis, pero en unas imágenes de tal fealdad que uno piensa a veces que los personajes reflejados en la película tenían que ser, por lógica, mucho más apasionantes. Es decir, "Salón Kitty" es un espanto de tal calibre que puede llegar a provocar un resultado distinto al que pretende. Porque de una película pretenciosa se trata: aquí no estamos sólo ante un simple enredo amoroso que permita la cantidad de desnudos exigida por el mercado, ni con fantasías erótico-festivas que estimulen al espectador. "Salón Kitty" quiere ser también una película histórica. Y para ello convoca alrededor de una casa de citas a altos militares del Ejército nazi, atendidos por fanáticas nacionalsocialistas que cumplen, junto con su deber de relajar sexualmente a los soldados, con una labor de espionaje inventada por un ambiguo, conflictivo y afeminado personaje. Ambiguo ser que enfrenta su personalidad con la más dura de la dueña del salón, escéptica y lúcida se supone, para que pueda así conducir la concienciación política de una de esas putas por el terreno de la militancia democrática.

La ingenuidad de este planteamiento es compartida con la de la "puesta en escena" en una de esas películas nerviosas de cámara, siniestras de fotografía y ridículas de diálogo. ■ D. G.

"Novecento"

Una nueva llamada de atención sobre esta película (de la que TRIUNFO ha hablado ampliamente en números anteriores; concretamente en el 792 se publicaba una entrevista original con Bernardo Bertolucci, que se estrena ahora en Madrid —cine Urquijo—, en sesión continua, y a la espera de la presentación de la segunda parte. En este comentario no sólo se quiere volver a señalar la importancia indiscutible de una de las más importantes películas de toda la historia del cine, sino provocar en la distribuidora que detenta los derechos de explotación de la película en toda España una programación menos sádica de la que viene sufriendo "Novecento". La división en dos partes no es algo inevitable, sino una simple fórmula de explotación, dado que las cinco horas de su metraje no permitirían —al parecer— un rendimiento económico suficiente. Pero el espectador necesita ver la segunda parte de "Novecento" a continuación de la primera. Es tormentoso para quienes están de acuerdo en que es ésta la película más importante de Bertolucci (con la importancia que en sí mismo ya acarrea este enunciado), aguardar meses a que los programadores de la distribuidora ofrezcan la segunda parte de la película. ■